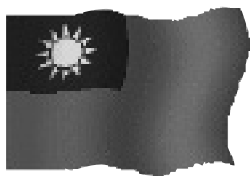




UN OBSERVADOR DEL SÁBADO OBSTINADO

15 de noviembre *Noemí Wang, estudiante del Colegio Adventista de Taiwán*

[Pídale a una mujer joven que presente este relato en primera persona.]

Crecí en una familia adventista que asistía a la iglesia regularmente. Pero a veces nos íbamos sin papá, quien tenía que trabajar en sábado para conservar su empleo y así proveer para su familia. Recuerdo haberle dicho a mamá en cierta ocación:

—Papá no va a ir al cielo porque no puede guardar el sábado, ¿verdad?

Aparentemente mi comentario, hecho con la inocencia de una niña, impresionó a mis padres profundamente. Al poco tiempo salimos de la ciudad y nos mudamos al campo donde la vida era más sencilla y papá podría guardar el sábado. Pero al poco tiempo descubrió que los problemas del sábado no se limitaban a las ciudades. No podía encontrar trabajo en el campo tampoco. Trabajó en la construcción, pero este trabajo era esporádico. La situación financiera de la familia hizo crisis antes que papá finalmente consiguiera un trabajo que le diera libre los sábados.

Problemas sabáticos nuevos

Después me tocó a mí enfrentar problemas por el sábado. Las escuelas en Corea tenían clases seis días a la semana. En los primeros grados podíamos faltar a las actividades de los sábados, pero en la secundaria surgieron problemas más serios respecto al sábado. Los maestros a menudo aplicaban los exámenes en sábado y los exámenes de fin de curso, casi siempre se programaban para el sábado. Los maestros ofrecían repasos especiales, para prepararnos para estos exámenes anuales —en sábado. El no participar de estos repasos seguramente significaría recibir una calificación menor en los exámenes.

Cuando llegué a noveno grado, mis maestros planearon una simulación de examen —un examen de prueba— para determinar cómo rendiríamos en el examen actual. Sin embargo, esta prueba se llevaría a cabo en sábado. Le pedí a la maestra que me permitiera presentarla otro día, pero no entendía por qué no podía tomarla junto con mis demás compañeros de la clase.

—¿Por qué no puedes presentar el examen en sábado? —me preguntó—. Podrás serle fiel a tu Dios toda la vida, pero este examen te puede dar un futuro mejor.

Cuando intenté explicarle que cumplía con los mandamientos de Dios, me respondió con enojo:

—Haz como quieras; es tu elección.
No me presenté al examen.

Ceder ante la presión

A veces cometí errores, aún cuando deseaba seguir el ejemplo de Jesús. Cuando los exámenes finales fueron programados para el sábado, cedí ante la presión y los tomé. Pero sabía que había defraudado a Jesús y decidí que nunca más lo haría.

En la esuela preparatoria enfrenté los mismos problemas, pero la presión se intensificó durante el último año. En uno de los semestres los exámenes fueron programados en sábado. Pudo haber sido programado en otro día, pero la maestra me dijo que si no presentaba ese examen, no se me permitiría graduar. Le contesté que no tomaría el examen; estaría en la iglesia.

—¿Estás dispuesta a sacrificar todo tu esfuerzo de los últimos 12 años por un sólo examen? —me preguntó.

—Sí —le contesté—. Dios cuidará de mi.

Después pensé en todo lo que estaba en juego. Había presentado todos los demás exámenes finales y me había ido bien. Todo dependía de este último examen. Si no lo presentaba, tendría que llevar un curso en el verano y volver a presentar el examen.

En eso, la maestra me llamó. Había llamado al instructor encargado del examen y le explicó mi situación. El maestro dijo que me tomaría el examen otro día. Sé que Dios me resolvió este problema, porque ¡ni se lo había pedido! Pasé todos mis exámenes y gradué con el resto de mi clase.

El siguiente impedimento que se me presentó fue la prueba de admisión a la universidad, programada para un sábado. Decidí que ni siquiera lo intentaría.

Descubro mi lugar en la vida

Opté por estudiar evangelismo de la salud. Estudié con una pareja en una ciudad cercana y luego tomé algunos cursos cortos en Australia y China. Después me enteré que el Colegio Adventista de Taiwán ofrece un curso de evangelismo de la salud, exactamente lo que necesitaba. Llené una solicitud de ingreso, aún cuando no sabía dónde conseguiría el dinero para pagar la colegiatura. La gente me aseguraba que si realmente deseaba estudiar, Dios proveería los medios. Y así fue.

Ahora sé que cuando honramos a Dios y le somos fieles, él nos honrará. Muchos nos consideran personas raras, supersticiosas o fanáticas, pero lo que importa es lo que Dios ve en nosotros y no lo que la gente ve.

Más personas necesitan oír el mensaje que tanto amamos. Una de las maneras de hacerlo es a través de Esperanza TV, la nueva teledifusión en mandarín. Parte de nuestras ofrendas del decimotercer sábado ayudará a hacer posible esta transmisión por televisión. Gracias por su ofrenda generosa del 27 de diciembre.